

UTOPIA O ESCATOLOGIA MARXISTA

I.—INTRODUCCION

Antes de empezar a tratar la materia, quisiera exponer brevemente tres advertencias previas: cómo concibo el encuadramiento de una reflexión sobre marxismo en estas jornadas ecuménicas, cómo entiendo el título de mi aportación y cual es mi postura delante del tema.

a) *La reflexión sobre marxismo en estas jornadas ecuménicas.*

La esperanza es una de las cuestiones que centran estos días nuestro diálogo. Pero estamos en un momento histórico en que la esperanza de los cristianos, así como las esperanzas de otras grandes religiones de la tierra, se proclaman en un mundo sacudido por esperanzas distintas y no religiosas.

Las maneras marxistas de enfocar el futuro de la humanidad, tienen especialísima importancia en este diálogo o debate universal sobre la esperanza. No solamente porque constituyen una alternativa real para muchas formas tradicionales de situarse ante los temores y confianzas del futuro, sino porque invitan y ayudan a replantear nuevamente lo que puede ser el esperar para nosotros y ahora.

Por otra parte la vigencia de la ética marxista del futuro entre millones de hombres y en el aparato cultural de grandes naciones, tiene que reestructurar el campo de la reflexión creyente sobre la esperanza. Porque pensar la esperanza, que es pensar el futuro, al margen del marxismo, es pensarlo al margen de una parte importante de la humanidad. Y este pen-

sar al margen sería una forma especialmente infiel de pensamiento, para quienes conciben a Dios como a aquel que quiere ser de todos, ecuménico.

Vamos a situarnos así ante nuestro tema. El marxismo puede pensarse como una utopía o escatología válida para muchos. La proclamación cristiana de la esperanza debería tenerles en cuenta.

b) *Los conceptos de escatología y utopía.*

En cuanto al título, quiero subrayar que *no entiendo* la palabra «utopía» de una manera negativa o peyorativa, como cuando se llama «utopía» a un enfoque excesivamente idealista de las cosas, que no cuenta con las dificultades reales y que no se puede llevar a la práctica en ningún lugar del mundo conocido. Entiendo más bien por utopía a aquella representación plástica de un mundo mejor, que contradice a las deficiencias de una situación establecida y que suele actuar socialmente como motor de una superación histórica. Esta manera de entender la palabra «utopía» se abrió paso en la década de los sesenta y se ha mostrado cálida para el análisis de las ideologías en relación con el cambio social¹.

Por «escatología» no entiendo exclusivamente la escatología teológica, sino todo saber que se refiere a las posibilidades definitivamente últimas del hombre².

Es claro que no coinciden los conceptos de escatología y utopía; lo primero, porque una representación utópica no siempre pretende significar las últimas y definitivas posibilidades del hombre; de por sí pretende simplemente algo mejor que el presente, desde lo cual no se excluye que puedan abrirse o pensarse ulteriores futuros. Lo segundo, porque la escatología no indica de suyo que se espere algo mejor o algo distinto de lo actual; pueden pensarse escatologías catastróficas, en que las últimas posibilidades del hombre se conciben como desastrosas y también puede pensarse en una escatología realizada, según la cual las últimas posibilidades del hombre no son, ni más ni menos, que las que ya estamos viviendo³.

1 Ver las obras de Bloch, Mannheim, Neusüss citadas en la bibliografía.

2 Ver obra de Ruiz de la Peña, citada en la bibliografía, cap. I.

3 Ruiz de la Peña, cap. IV.

c) *Mi posición ante el tema.*

No me siento a gusto hablando sobre el marxismo. Tengo, en los ambientes en que me muevo, amigos y compañeros que se identifican con los compromisos del marxismo; no me es fácil el diálogo con ellos, porque ven en mí una postura descomprometida, desde la que piensan que es imposible captar sus planteamientos y resoluciones. No me parece honrado el hablar aquí sobre marxismo sin decir previamente que los marxistas, a quienes conozco, no suelen encontrarse bien expresados en mi manera de exponer sus posiciones.

También tengo amigos y compañeros resueltamente opuestos al marxismo y tampoco me es fácil el diálogo con ellos. Así como no me siento marxista, tampoco me siento intelectualmente antimarxista. Creo que el marxismo es una manera de concebir la acción y la historia muy digna de considerarse y no peor que otras que se le oponen. Me ocurre con el marxismo y el antimarxismo algo parecido a lo de un amigo tímido que ve discutir violentamente a dos viejos conocidos y le parece que los dos tienen parte de razón y parte de sinrazón. Ambos contendientes piensan que el amigo tímido está contra ellos. Los marxistas suelen insistir en que no hay término medio: o se está con los oprimidos o con los opresores. Entre los antimarxistas se ha creado la expresión de que «los tontos útiles» son los culpables de que se introduzca la subversión social. Y lo que finalmente resulta es que el amigo tímido, cuando habla sobre el tema marxista, siempre tiene que preguntarse a qué lenguaje estarán maltraduciendo sus palabras: si al de los tontos útiles o al de los ocultos defensores de la malvada opresión.

Este cuestionamiento no es ajeno al tema que tratamos. La comprensión de la actual situación histórica como lucha decisiva, polarizada en los dos únicos campos de opresores y oprimidos, tiene mucho de comprensión escatológica. Y como toda concepción de planteamientos definitivos, afecta a la textura de la esperanza cristiana, que es el tema general de estas jornadas. Vamos, pues, a entrar en mi materia, dado los siguientes pasos: el planteamiento de lo utópico del marxismo y de su fuerza moral, en relación con la esperanza cristiana; y el planteamiento de lo escatológico del cristianismo, en relación con la utopía marxista.

a) *Una parábola que no se escribió:*

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y según atravesaba las lomas y vaguadas del trayecto, se encontró con una asamblea clandestina en que estaban reunidos representantes de la mitad de los hombre de Israel. Y le dijeron: «Nuestro pueblo está vejado y humillado, como ovejas que no tienen pastor; júntate a nosotros y haremos un país digno y honrado». Les contestó: «¿Cómo haréis eso?». Y le dijeron: «La hoz está preparada para la cosecha; toda soberbia será segada y toda corrupción se limpiará en la tierra; el que tenga dos túnicas tendrá que entregar una y los dueños de los telares tendrán que ser como las flores, que no mandan en el tejido de sus pétalos». El caminante siguió adelante y no respondió nada, porque no se fiaba de los que le hablaron.

Al cabo de dos horas se encontró con otra asamblea clandestina, en que estaban reunidos representantes de otra mitad de los hombres de Israel. Y le dijeron: «Nuestro pueblo está vejado y humillado, como ovejas que no tienen pastor; júntate a nosotros y haremos un país digno y honrado». Les contestó: «¿Cómo haréis eso?». Y le dijeron: «La hoz esta preparada para la cosecha; toda pereza será extirpada y toda insensatez se verá iluminada en la tierra; se derribarán los graneros de ahora y los contruiremos mayores; podremos decir a nuestras almas: alma mía, tienes bienes repuestos para todo lo que necesites; come, bebe y date a la buena vida». Pero el caminante siguió adelante y tampoco respondió nada, porque tampoco se fiaba de los que le hablaron.

Al cabo de otras dos horas se encontró con un anciano que le dijo: «Hijo de hombre, ¿te has encontrado con las asambleas del pueblo de Israel?». El caminante contestó: «Tú lo sabes, Señor». El anciano siguió: «¿Y has desconfiado de lo que unos y otros te decían?». Y el caminante: «Tú lo sabes, Señor». Y entonces el anciano: «Pues escucha lo que dice un hombre viejo: ¡Ay de los que caminan hacia el día de mañana y no quieren pensar sino el ayer y el hoy! Se enredaron sus pasos en el círculo de la noche, para que andando no caminen y mirando no vean y llegando al amanecer, no descubran el término de las tinieblas. Porque dijeron: no sabemos pensar sino en lo que vemos y la confianza en Dios no nos ha revelado el día de mañana.

b) Reflexión sobre el marxismo en cuanto utopía:

Si un viejo sabio mirara lo que nos pasa y cómo reaccionamos ante ello, seguramente encontraría que la gran mayoría de la humanidad quiere actualmente vivir mejor de lo que vive. Y percibiría una gran diferencia en la forma de representarnos la vida que, sobre esta base, tenemos los humanos. Los unos, ante estas circunstancias, imaginan y piensan una situación de las cosas mejor que la presente, tratan de concretar la manera de llegar a ella e incluso intentan ganar adeptos para que colaboren con ellos en la construcción de un futuro mejor. Otros, ante las mismas circunstancias, procuran evadirse con superficialidades de la sensación del propio disgusto; o se implantan en una quejumbrosidad sempiterna, procurando, en todo caso, que su tajada no sea la peor; o quizás intentan hacerse duros con la propia tristeza, llevando una vida de ascética honradez.

Si adoptamos estas perspectivas, diremos que el primero de los grupos descritos tiene una postura utópica, el segundo no la tiene. En cuanto utopía y prescindiendo momentáneamente de cualquier otro rasgo más concreto, el marxismo podría definirse así: es una forma de planteamiento de la vida sensible a los males e injusticias que experimenta la humanidad; lejos de mentirse sobre ellos o de autoengañarse con aturdimientos, intenta concebir una forma mejor de existencia y los modos de llegar a ella; finalmente, lucha por conseguir adeptos y colaboradores, con los que poder contar para la instauración del orden nuevo.

Es importante captar este aspecto del marxismo en el contexto de la reunión presente, por dos razones: una, porque es en este terreno donde se plantea la relación entre marxismo y esperanza cristiana; la otra, porque es uno de los enfoques que permite apreciar mejor el por qué de la fuerza moral que posee actualmente el marxismo ante amplios sectores de la opinión mundial. Vamos a tratar primeramente este punto.

c) La fuerza moral del marxismo en cuanto utopía:

La discusión entre marxismo y cristianismo ha ido cambiando de planteamientos a lo largo del siglo y pico de confrontaciones que lleva transcurrido. Quiero decir lealmente que no me he sentido especialmente feliz cuando he reestudiado la documentación oficial de la Iglesia referente al marxismo,

para fundamentar mis posturas teológicas delante de mis amigos y de los estudiantes con quienes trabajo.

Y es que había en la documentación marxista, desde sus orígenes, unos importantes pronunciamientos acerca del cristianismo como impostura, el cristianismo como alienación y el cristianismo como construcción ideológica tergiversadora de la realidad; había también unos pronunciamientos metafísicos sobre la relación materia/espíritu y unos pronunciamientos económicos acerca de la propiedad privada de los medios de producción. Parece que es mucho más importante y central para el cristianismo el clarificar ante la opinión pública su concepción de sí mismo en cuanto honrado, auténtico y realista, que el defender una determinada metafísica o un determinado régimen de propiedad. Y ha sido, sin embargo, el tema de la repulsa del marxismo por parte de los documentos oficiales de la Iglesia durante casi 75 años, entrándose al final de ellos en la discusión metafísica y relegando la confrontación estrictamente religiosa hasta casi la época de Juan XXIII y el Vaticano II.

Creo que no hubiera ocurrido así si se hubiera captado el mordiente del marxismo en cuanto pensamiento utópico. Si se toma este punto de vista, el mundo de los hombres tiende a subdividirse entre los que tienen voluntad de realismo y voluntad de cambio por un lado —y los que no quieren saber nada o no quieren cambiar, por el otro. En esta división, tan importante como otras y aún más, el cristianismo y la esperanza cristiana tenderán inevitablemente a situarse del mismo lado que Marx, o habrían de negarse a sí mismos.

Esto es enormemente importante. Porque la voluntad de realismo y de cambio es un criterio de muchísimo peso y que difícilmente puede dejarse de lado, a la hora de considerar la fuerza moral de una postura cualquiera.

La fuerza moral se pierde cuando se renuncia a la pregunta sobre lo que se puede y se debe hacer para poder ser mejores. Y por eso se vuelve enormemente débil un planteamiento cristiano sobre marxismo que se centra en la cuestión específica de la propiedad o en el mantenimiento de libertades formales, olvidando que es irrelevante defender el mantenimiento de éstas, si no se hace en el contexto de un cuestionamiento total sobre el porvenir de la honradez.

Pero la fuerza moral del marxismo aparece, a mi entender,

en su verdadera luz, si es que aparece como la única de las concepciones mundiales, actualmente fuerte, en que los postulados del realismo y voluntad de cambio se presentan, coherentemente, como lo central. Y en cuanto a nosotros, los cristianos, ello da cuenta de los voces, cada vez más frecuentes, que piden algo impensable hace veinte años: que en una visión global de los grandes frentes de actitud que trabajan a la humanidad, los cristianos dejemos de considerarnos ajenos a la intención profunda del marxismo. Es mi opinión que hay factores que nos separan francamente de él, pero que son factores que separan a fuerzas situadas en el mismo lado del frente, alienadas ante las defensas del inmovilismo y la inconsciencia.

d) *La esperanza cristiana y lo utópico del marxismo:*

En estas jornadas hay una ponencia reservada para el tratamiento de la esperanza cristiana y por eso no es de este momento alargarnos sobre ella. Pero creo que en este contexto debemos sugerir algunas cuestiones, por si parece tratarlas cuando llegue su oportunidad.

Pertenece a los contenidos fundamentales del cristianismo el llamamiento a una existencia en la esperanza. Existencia en la esperanza es existencia con la frente erguida, que no se deja doblegar por la experiencia del sufrimiento o la injusticia, ni tampoco acepta el autoengañarse sobre ellos.

Es el mismo trasfondo de donde surgen todas las formas de conciencia utópica. Y si la esperanza no se comprende como factor de utopía, entonces se comprende como su alternativa: aut, aut; o esperanza o utopía.

Hay una interpretación de la esperanza que tiene insidiosas raíces en muchas tristezas y desánimos nuestros, que quizás puede formularse así: podemos renunciar a posturas utópicas porque, pase lo que pase, lo que importa es que podemos esperar en Dios. A quien así piensa se le hace menos importante lo utópico, cuanto más importante se le hace la esperanza; y también al revés: cuanto más importante se le hace el compromiso con los empeños utópicos de transformación del mundo, menos le interesa la esperanza en Dios por Jesucristo.

Creo que esto ha ocurrido con muchos antiguos militantes cristianos. Cristo ha dejado de dar sentido a su lucha, porque el empeño utópico ha bastado para dar sentido.

Hay otra interpretación de la esperanza contraria a ésta, que habría de formularse antitéticamente con ella: no podemos renunciar a posturas utópicas, porque, pase lo que pase, siempre podemos esperar en Dios. A quien así piensa, se le hace más importante lo utópico, cuanto más importante se le hace la esperanza. Y también al revés: se le hace más importante la esperanza en Cristo, cuanto más a fondo se clava en su vida el compromiso con los empeños utópicos de transformación del mundo.

Sabemos que la actual teología va más por aquí. Y es que hay un sobreentendido: que la esperanza en Dios nos remite al esfuerzo y al trabajo por el bien de todos, incluso temporal. Pero también: que el compromiso por el bien histórico de todos adquiere un suelo, una firmeza y unos horizontes misteriosamente últimos, cuando se enlaza con la esperanza en Dios.

III.—CUESTIONARIO ESCATOLOGICO DEL MARXISMO

Creo que la pregunta sobre lo escatológico ayuda a clarificar las relaciones entre el empeño marxista por el bien del hombre y el empeño de la esperanza cristiana.

Como al principio dijimos, lo utópico se refiere a puntos de vista sobre un mundo distinto y mejor que el representado por la situación establecida; lo escatológico se refiere a las posibilidades últimas y definitivas de la existencia humana.

En el marxismo de tiempos de Stalin llegó a ser importante la discusión entre quienes concebían el establecimiento de la sociedad socialista, o sociedad sin clases, como advenimiento de las posibilidades últimas del hombre y como cesación de los cambios cualitativos basados en la dialéctica de la historia, frente a los que concebían que, llegado ese tipo de sociedad, por eso cesaba el movimiento dialéctico de las contradicciones⁴.

En aquella época se zanjó autoritativamente la cuestión con unas distinciones que hoy nos parecerían un juego de palabras, pero el hecho es que la discusión quedó silenciada sin resolverse. Si la traducimos a los términos de nuestra reunión pre-

4 G. Wetter y W. Leonhard, obra citada en la bibliografía, pp. 110-11 y 238-41.

sente, vendríamos a decir que la discusión estaba entre un marxismo utópico y escatológico por un lado, que consideraba a la supresión de la sociedad de clases como criterio absolutamente último de las posibilidades humanas —y, por otro lado, un marxismo utópico no escatológico, que consideraba a la supresión de la sociedad de clases como criterio actualmente insoslayable e imprescindible, pero no definitivamente último.

Los teóricos europeos del marxismo actual suelen concebir su postura con este segundo enfoque. Todavía el último verano lo recordaba pintorescamente en Barcelona L. Althusser, que se encuadra otra vez en la disciplina de la ortodoxia del partido. «Militar en el marxismo es entrar en una barca que nos lleva a la otra orilla», decía. «Cuando lleguemos no se acaba todo, sino que entonces cada uno pensará y actuará como le venga en gana».

Si tomamos esta concepción como fiel expresión del marxismo, este es utópico, pero no escatológico. Y yo, por mi parte, creo que es una fiel expresión, si se la juzga con las intuiciones más fundamentales de Marx; creo también, en cambio, que las ideas de Engels llevarían al punto de vista contrario.

No es nuestro asunto aclararnos esta cuestión en lo que tiene de teórica, pero sí que nos importa su repercusión práctica en una dimensión personal y comunitaria. Porque nuestra toma de conciencia de la esperanza que tenemos en Cristo y nuestra cooperación con los procesos comunitarios de concienciación de la fe, nos cuestionan inevitablemente dos puntos: si nuestra implicación en intentos utópicos puede dejar de ser escatológica y si nuestra escatología puede tener otro contenido que Cristo.

La respuesta a ambas cuestiones me parece indudablemente negativa. Veamos lo que significan esas negaciones, empezando por la segunda que puede tratarse con mayor brevedad.

El que nuestra escatología no pueda tener otro contenido que Cristo, significa primero que en El, y sólo en El, se hacen presentes las posibilidades definitivamente últimas de lo humano. En El, es decir, en la manifestación de un Dios que nos es Padre, a través de la honradez cotidiana, de la confrontación con el mal hasta la muerte, de una fe en la vida resucitada que nos envía hacia la historia y hacia los hombres. Se hacen presentes nuestras posibilidades en cuanto anticipación de una plenitud, por la que se relativizan y encuadran todas las experiencias doloridas y creadoras de la vida: la plenitud

en la participación de la vida del misterioso Dios, comunicada por el absoluto poder y libertad de su amor. Posibilidades de lo humano que son justicia, gozo, paz reconciliación, liberación, fraternidad, bondad; más fuertes que toda división y que toda muerte.

Un cristiano no puede, desde la fe, tener otra escatología. Dicho con otras palabras: no puede concebir la posibilidades últimas de sí mismo, como ser humano, o de toda la raza humana, desde algo pensable al margen del obrar de la libertad, la gracia y el poder de Dios. No le basta, ni puede aceptar, una representación del sentido último de la historia, que se defina y reduzca desde un horizonte delimitado por ninguna teoría de las posibilidades humanas de lo humano.

Eso quiere decir que un cristiano relativiza necesariamente todo proyecto utópico en que pueda participar: por muy amplio y definitivo que desde cualquier punto de vista pueda parecer. Sabe que debe poderse contar con lo impensado y lo nuevo. Su reconocimiento de lo escondido de Dios, le llama a dejar un espacio para que pueda aparecer lo escondido del hombre; un marxista como Bloch nos lo ha recordado⁵. Y Rahner lo expuso con magnífica lucidez en un memorable coloquio de cristianos y marxistas⁶.

Pero además nuestra toma de conciencia de la fe, si ha de ser coherente, nos lleva a concebir nuestras esperanzas y nuestras utopías de modo escatológico. O de otra forma: una esperanza que llegue más corto que la esperanza de lo total y lo definitivo, podrá inscribirse en la esperanza cristiana, pero no es la esperanza cristiana. Y si se refiere a algo más estrecho que la totalidad de los hombres, a quienes ama Dios, podrán inscribirse en el ámbito de lo cristiano, pero no es lo cristiano. Y un empeño utópico no puede abarcar menos anchura que la anchura del mundo, visto como creación unitaria de las manos de Dios.

Las comunidades cristianas primitivas se sentían viviendo en las coordenadas de ese destino definitivo y universal, planteado con la muerte y la resurrección de Jesucristo. Se juzgaban midiéndose con esa totalidad y ultimidad del destino de Cristo. Ese juicio penetraba sus reuniones de fe y daba forma a sus recuerdos de la Cena del Señor, acciones de

5 E. Bloch, obra citada en la bibliografía, p. 1406.

6 Escrito citado en la bibliografía.

gracias surgidas de la representación de que la historia había quedado definida. No podían no ser escatológicos, en sus representaciones utópicas, ni podían dejar de ser utópicos, en su confrontación con la vida desde el juicio de Jesús.

Si el encuentro con la utopía marxista se realiza en un militante cristiano hacia la solidaridad de compromisos de clase, desde un estilo de conciencia como el de las comunidades primitivas, no se verá confundida su fe, muriéndosele la escatología por el sentido que descubre en una lucha, válida y honrada desde muchos puntos de vista. Tampoco aceptará la practicidad de una prescindencia de lo escatológico, que relegaría lo definitivo a una posición de cosa teórica, irrelevante para la acción.

Pero si ese encuentro con la utopía marxista nos lo planteamos nosotros, que más bien no estamos comprometidos, puede ser que la reserva escatológica nos pida otras formas de mirar las cosas, de hablar y de conducirnos. Desde la coherencia de nuestra fe hay algo que no podría dejar de considerarse: lo impensado de Dios tiene que abrirnos sitio para contar con lo impensado de los hombres. Si no podemos reconocer una validez para el marxismo en cuanto escatología, tampoco podemos quedarnos indiferentes para su peso en el terreno de la utopía.

ANDRES TORNOS

Universidad Pontificia de Comillas

BIBLIOGRAFIA

Bloch E., *Prinzip Hoffnung* (Frankfurt 1969); Machovec, *Jesús para Ateos* (Salamanca 1976); Mannheim K., *Ideología y Utopía* (Madrid 1973); Neusüss A., *Utopía* (Barcelona 1970); O'Collins, *El hombre y sus Nuevas Esperanzas* (Santander 1970); Rahner K., *Utopía Marxista y Futuro Cristiano del Hombre*, en *Escritos de Teología*, tomo VI (Madrid 1969) pp. 76-86; Ruiz de la Peña J. L., *La Otra Dimensión* (Madrid 1975); Wetter G. A. - Leonhard W., *La Ideología Soviética* (Barcelona 1964).

